Las calles que aprendieron a contar

En Alta Italia el arte no espera detrás de una puerta para que alguien vaya a buscarlo. Está afuera.

Está en la entrada del pueblo, donde un monumento parece decirle al que llega: "Aquí estamos".

Está entre los árboles del Paseo Norberto Lasagno, mezclado con el canto de los pájaros y las voces de los chicos y en las numerosas esculturas que se van agregando, especialmente el rincón de fauna pampeana con esos integrantes que nos invitan a quedarnos.

Está en una escultura que un niño toca sin saber que, al hacerlo, también está empezando a construir un recuerdo.

Está en las casonas históricas que conservan la historia de aquellos frentistas que impusieron su estilo.

Está en los niños, jóvenes y adultos que bailan una danza con sus pañuelos al viento, en los adultos que cantan la Huella de ida y vuelta en el coro local y en la voz de quien narra historias.

Está en el Caldén histórico que sabe de tormentas, de vientos, de aquellos pueblos originarios que descansaron bajo su sombra y de los primeros pobladores que detuvieron sus carros bajo su inmensa copa buscando amparo del sol abrasador.

Y está en esas letras que dicen "Amo a Alta Italia", porque a veces también el arte necesita decir en voz alta aquello que un pueblo lleva adentro.

Tal vez durante mucho tiempo pensamos que el arte era solamente aquello que se colgaba en una pared, se guardaba en un museo o se contemplaba en silencio. Pero en los pueblos pequeños aprendimos que el arte también puede estar al alcance de la mano, bajo un árbol, en una plaza, en una esquina o en el camino que hacemos todos los días.

Y también en el Paseo de la Reja histórica inaugurado para el último aniversario del pueblo.

Esta reja que hoy vuelve a ocupar un lugar entre nosotros, perteneció a la fachada de la antigua casa de Londero - Tribolo, nuestra Casa de la Cultura.

Está forjada con hojas y flores todas construidas a mano y no tiene soldaduras, aún no se usaba en los albores de 1900, está toda armada con remaches. Tiene una belleza muy particular, además está enmarcada en un pórtico de medio punto como el original.

Alguna vez estuvo allí, formando parte de un zaguán natural, bajo una enramada que hacía de techo.

Y seguramente, entre sus hierros, quedaron atrapados muchos momentos de la

vida de aquella morada: llegadas, despedidas, conversaciones, risas, encuentros y quizás también alguna lágrima.

Por esa reja entraron y salieron personas.
Entraron sueños, familias, historias.
Hoy la reja vuelve a nosotros en un lugar diferente y destacado, ya no es entrada de un zaguán, está como atractivo principal de un paseo, pero seguirá hablando, contando, despertando recuerdos.

Seguramente mirará como lo hizo siempre, pero hoy desde su lugar destacado, a la Casona Villa Esther una obra arquitectónica llena de arte que pusieron las manos de aquellos inmigrantes que adornaban con su creatividad los frentes de las altas casas que se construyeron, como esta en 1916.

Me detuve a mirar a mi alrededor y descubrí tantas cosas en las calles pueblerinas.

Creo que arte es hacer que lo cotidiano deje de ser invisible.

Conseguir que alguien que pasa todos los días por el mismo lugar se detenga, mire y descubra algo que antes no había visto.

Entonces comprendí que mi pueblo también tiene su propia manera de pintar arte.

Pinta con esculturas, con árboles, con hierro, con ladrillos, con colores y con palabras.

Pinta con las manos de quienes crean, con las voces de quienes cantan, con los niños que juegan y con los vecinos que se detienen a conversar.

Y pinta, sobre todo, con memoria.

Porque quizás el verdadero arte de un pueblo no sea solamente aquello que podemos mirar, sino aquello que consigue que, al pasar frente a una plaza, una escultura, un árbol o una vieja construcción, sintamos que ese lugar también cuenta un poco de nosotros.

Liliana Cena
Alta Italia – La Pampa